

INFORME MUNDIAL SOBRE LA COMUNICACIÓN Y LA INFORMACIÓN 1999-2000

Madrid: Ediciones UNESCO / CINDOC. 2000, 323 pp.
ISBN UNESCO 92-3-303611-1
ISBN CINDOC 84-00-07862-4

Traducción castellana de la nueva versión de un trabajo que es un necesario punto de referencia, prolijo en comentarios e informaciones. La nueva versión de este *Informe* se caracteriza por un cambio en los planteamientos. Anteriormente la UNESCO había publicado dos trabajos distintos: el *Informe Mundial sobre la Información 1997-98* y el *Informe Mundial sobre la Comunicación 1998*. La evolución de los acontecimientos ha aconsejado tratar en un mismo estudio los datos relativos a la información, la comunicación y sus tecnologías a escala mundial.

La **primera parte** del *Informe* es una presentación de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) desde un punto de vista social y cultural. Por su carácter general pensamos que es la parte menos interesante del libro, al menos para nuestra profesión. Dado que se abordan muchos temas en muy poco espacio, y todo ello a cargo de numerosos autores, no resulta posible profundizar de manera suficiente en casi ninguna de las cuestiones. Más que una «primera parte» el lector quizá debería considerarla una introducción ideológica y coyuntural a los problemas que en el informe se abordan. Viendo así las cosas se podría concluir que es una (extensa) introducción válida para lectores no muy versados en los condicionantes sociológicos de las TIC.

Cees J. Hamelink aborda el problema según sus implicaciones en el «desarrollo humano». Apoyándose en los rankings de compañías de la revista *Fortune*, destaca el alto grado de concentración que se observa dentro de la industria de las TIC, lo que repercute en una distribución desigual de la riqueza. Critica la predominancia de los intereses comerciales afirmando que «el desarrollo de las TIC se debe más al impulso de la tecnología propiamente dicha que al interés de servir a los usuarios» (pág. 43). Se trata en definitiva de un interesante artículo en el que se combina una razonable cantidad de datos económicos con un discurso (por otra parte muy presente en diversos textos promovidos por la UNESCO) que subraya las desigualdades sociales que genera la «nueva economía».

El siguiente apartado, escrito por Craig Blurton, aborda los cambios que está experimentando la enseñanza al incorporar las TIC. Presenta brevemente diversas iniciativas de enseñanza en red, acceso a recursos remotos, universidades virtuales, poniendo de manifiesto la necesidad de que se articule una auténtica «alfabetización en información», el indispensable fomento de las infraestructuras, la generación de contenidos informativos accesibles en línea, la puesta al día del profesorado, todo ello integrado en políticas nacionales de educación. No encontramos ideas muy novedosas en estas páginas, pero sí resulta interesante ver mencionados algunos proyectos de relativo éxito.

A continuación está el breve texto de Bernard Miège sobre las repercusiones de las TIC en el entorno cultural de nuestra sociedad. Señala la actual tendencia a que lo que es oferta de ocio se solape con lo que consideramos información y con las diversas manifestaciones de la cultura. También se mencionan los problemas derivados de

la actual hegemonía ejercida por el idioma inglés en Internet. Quizá por falta de espacio, los temas de este artículo quedan tratados con demasiada rapidez.

El trabajo de Jean-Paul Marthoz se ocupa de las libertades en los medios de comunicación. Afirma que es una conclusión algo precipitada considerar que los nuevos medios son el antídoto contra el poder dominante de los gigantes mediáticos. «Ofrecen también nuevos métodos de manipulación de la información, lo que constituye otra cara de la censura» (pág. 81), especialmente por parte del oligopolio empresarial y los regímenes políticos autoritarios.

Arne Wessberg destaca el papel de la radiotelevisión de servicio público, que se verá beneficiada por las nuevas tecnologías digitales. Tras mencionar que en los últimos años las cadenas públicas han visto en todo el mundo cómo se reducían sus ingresos, Wessberg, director general de la radiotelevisión finlandesa, sostiene que la radiotelevisión de servicio público debe ser quien tome «el liderazgo en la explotación de las nuevas posibilidades que ofrece la sociedad de la información a todos los medios» (pág. 98). Como ocurre con muchos otros capítulos de esta primera parte del libro, estamos más ante un breve ensayo que ante un análisis de datos.

El capítulo sexto está escrito por Chin Saik Yoon. También incide en el impacto de las TIC sobre los medios de comunicación. De nuevo se menciona la concentración empresarial, y se comentan sumariamente diversos nuevos servicios, como el comercio electrónico, los sistemas de acceso mediante suscripción, etc., para terminar mencionando las posibilidades de los dispositivos electrónicos portátiles. Parece un texto redactado apresuradamente, sin mucha profundidad.

El siguiente capítulo, de Ole Harbo, se centra en los servicios de información de bibliotecas y archivos, recordando cuestiones clásicas como el precio de los servicios, la conservación de los materiales, la oferta de documentos a texto completo, las revistas electrónicas, la biblioteca virtual, etc. En definitiva, una relación de lugares comunes de indudable interés para quien no conozca el entorno de trabajo de los profesionales de la información, pero que quizá no ofrezca aportaciones significativas a los lectores habituales de la revista para la que se escribe esta reseña.

El último texto de esta primera parte plantea la perspectiva política de quien ha de regular el uso de las TIC, mencionando cuestiones como la teledemocracia, la función de los organismos internacionales, las políticas educativas, la propiedad intelectual, el control de contenidos ilegales y perniciosos, la propiedad de los datos, etc. Los autores, todos ellos de procedencia australiana, consideran que el futuro girará en torno a los «modelos de control autorregulados que permitan flexibilidad para acomodar los cambios en el espacio virtual y mantengan, al tiempo, su naturaleza democrática» (pág. 141). Por este motivo se detienen durante bastantes párrafos en destacar las interesantes prestaciones de PICS, la Plataforma para la Selección de Contenidos en Internet, un sistema de etiquetado y filtro aplicable a las páginas web desde hace ya varios años. Lo que no mencionan los autores es el escaso éxito que está teniendo de momento el modelo.

La **segunda parte** de este libro es bastante breve. Tres capítulos para presentar unas pinceladas sobre la evolución de las TIC.

Narasimhia Seshagiri recuerda algunos hitos sobre los progresos en hardware, software, gestión de datos, interfaces, redes y lenguajes de etiquetado de documentos. El lector puede desconcertarse al leer que «en el futuro próximo seguramente asistiremos a la omnipresencia del protocolo PI» (sic, pág. 155). El mencionado protocolo es el

que habitualmente conocemos como Internet Protocol. Es curioso pero el traductor ha escogido una forma mixta de transcripción, pues habla de TCP/PI (sic).

La revolución multimedia la comenta Jean-Paul Lafrance. A pesar de que lo hace en pocas páginas, este autor condensa buena cantidad de información sobre diversas tecnologías, sus usos, costes, canales de distribución... El número de tablas y gráficos de este artículo pone en evidencia que nos encontramos ante un trabajo mucho más elaborado que los textos precedentes. En poco espacio bastante información y de apreciable interés.

Robert E. Khan describe de forma sumaria los orígenes de la red Internet y recuerda cuáles serán sus futuros requerimientos y prestaciones: mayor ancho de banda, servicios de comercio electrónico, bibliotecas digitales...

La **tercera parte** del *Informe* es no sólo la más extensa de todas, sino, a nuestro juicio, también la más sustanciosa. En siete capítulos se presenta, con profusión de datos, el panorama mundial y, por bloques geográficos, la distinta implantación de las TIC en el mundo.

V. Anashin analiza los flujos mundiales de los servicios postales y de telecomunicaciones tradicionales durante el período 1975-1996, así como la evolución en los últimos años de otros mercados: radio y televisión, prensa diaria, Internet... Se concluye que «el consumo de TIC tradicionales per cápita ha permanecido más o menos estable o ha cambiado sólo ligeramente en las distintas regiones y grupos de países, con la excepción de Asia y Europa Oriental» (pág. 194). Por otra parte se afirma que «si continúa la tendencia actual, la diferencia entre ricos y pobres en información seguirá ampliándose» (pág. 195).

Los datos de los 47 países del África subsahariana son comentados por el sudafricano Mike Hensen. Tras ofrecer abundantes cifras y todo tipo de informaciones sobre la situación (de la radio, la televisión, las telecomunicaciones, Internet, proyectos en marcha), el autor recuerda que «es preciso que, a través de una política bien concebida, se garantice que tal progreso no ensanchará la brecha entre los ricos y pobres en información» (pág. 213).

Luego vienen los datos de los países árabes, analizados por dos académicos egipcios. Se destacan las profundas diferencias existentes según las zonas de esa área geográfica, el gran problema del analfabetismo y la importancia del lanzamiento del satélite ARABSAT.

Asia y el Pacífico presentan contrastes aún mayores, pues hay que tomar en consideración tanto países que acaban de incorporarse a las redes mundiales de información como auténticos líderes tecnológicos.

En lo que a la Europa Central y Oriental se refiere, la profunda transformación política y económica va acompañada de importantes avances en las infraestructuras de TIC. Existen grandes diferencias entre los países en cuanto al proceso de privatización/liberalización de los servicios de información y comunicaciones. «Un factor coadyuvante es, sin duda, la aspiración de muchos países de Europa Central de convertirse en miembros de la Unión Europea» (pág. 254).

América Latina y el Caribe parecen tener buenas perspectivas económicas, al menos si consideramos la región como un todo. «Para el período 1997-2002 se estima que el crecimiento del mercado latinoamericano será un 51% mayor que el promedio mundial» (págs. 264-265), tendencia que va acompañada de una ola creciente de instauración de sistemas democráticos. Las privatizaciones han atraído mucho capital ex-

tranjero, lo que puede ser un decisivo impulso no sólo para el desarrollo de la zona sino también para avanzar en un proceso de integración regional.

El último capítulo, de Bertram Konert, trata de Europa Occidental y América del Norte, área marcada por las tendencias liberalizadoras y la generalización de los «mercados mundiales», y familiarizada con conceptos y servicios cada vez más sofisticados: digitalización, tecnología del cable, satélites, vídeo a la carta, telefonía móvil... Como es sabido, los respectivos gobiernos están inmersos en planes tecnológicos a medio plazo para el desarrollo de la «sociedad de la información».

El libro termina con un Anexo estadístico sobre todas estas cuestiones.

Es normal que una obra colectiva ofrezca trabajos con diferente nivel de elaboración y profundidad. En el caso de este *Informe*, como hemos señalado, nos encontramos ante dos tipos de artículos: los primeros, de carácter introductorio y a veces divulgativo; los últimos, repletos de información y datos sobre la implantación de las TIC en las diversas regiones del planeta.

Pedro Hípola
Universidad de Granada

MANUAL DE DOCUMENTACIÓN INFORMATIVA

José Antonio Moreiro (coordinador)

Madrid, Cátedra, 458 Pags, 20 cm (Signo e Imagen, Manuales)

ISBN 84-376 1798 7

Al igual que la contemporánea «Introducción a la Documentación Informativa y Periodística» (Sevilla, MAD, 1999), la obra coordinada por José Antonio Moreiro se inscribe en una corriente editorial que, en el periodo reciente, está ofreciendo un grupo de apreciables monografías, centradas en la aplicación de métodos y técnicas documentales en ámbitos diferenciados del universo informativo. Se puede admitir como grandes subconjuntos de ese universo a la información corporativa y administrativa, a la información de actualidad, a la información científica, técnica y, en general, la ligada al conocimiento y, por último, al complejo de la información jurídica, legislativa y de trámite parlamentario. Así, la obra de Eduardo Núñez sobre archivos (Gijón, TREA, 1999) y el «Manual de Documentación Jurídica» de Mateo Maciá (Madrid, Síntesis, 1998) son obras de parecida orientación al manual de Moreiro.

El libro coordinado por el profesor Moreiro acumula méritos suficientes para convertirse en referencia obligada. Es completo, coherente y tiene el suficiente componente práctico como para justificar su difusión más allá de los ámbitos académicos. Que algunas de estas virtudes hayan originado sus pequeños defectos es algo lógico, que no resta un ápice de provecho a su lectura atenta y su consulta asidua.

Sus aciertos se inician en el capítulo de Introducción, en el que el propio coordinador del Manual justifica, presenta y ordena el conjunto de contenidos. La panorámica que traza es real y la selección de colaboradores apenas si necesita justificación, porque ha reunido a figuras muy señaladas del panorama de la documentación informativa tanto en su vertiente docente como práctica. Así, Antonio Hernández y Mercedes Caridad demuestran un gran oficio, lleno de claridad conceptual y orden expositivo, al afrontar el papel de la documentación escrita en los medios. Aciertan en su

reconstrucción del proceso, aciertan en su división cronológica de la automatización de centros y ofrecen razonables reflexiones cuando, mientras caracterizan el papel de la documentación en las redes corporativas de las empresas periodísticas, discuten los cambios en el papel del documentalista en ese nuevo entorno. Como en el caso de los restantes capítulos, ciertas afirmaciones parecen demasiado traídas por los pelos y quizás delatan la confusión de la realidad con el deseo: no es cierta la afirmación de que «Todas las redacciones de medios de comunicación... cuentan con un centro de documentación» en el párrafo inicial de su capítulo (Pag 37). Ya quisiéramos... Esta afirmación y otras de los restantes autores se explican por su rigurosa disciplina a la hora de ajustarse al esquema propuesto por el coordinador de la obra, que exige un repaso de las funciones, actividades, procesos de selección, automatización, funciones de personal y grado de normalización en cada tipo de centro.

Eugenio López ofrece, en las casi 100 páginas de su capítulo dedicado a la documentación en televisión, un minitratado sobre esta parcela. Impresionante. Pocas cosas escapan a su exhaustivo tratamiento del tema. De ellas, sorprende la ausencia de un apartado dedicado a la evolución de soportes videográficos y es que Moreiro no incluye en su lista organizativa el análisis físico y, especialmente, estructural, de los subtipos de documentos que la documentación de medios trasiega, y sólo Jesús Robledano, en su completo capítulo sobre la imagen fotográfica en los medios, y Emilio López, que trata la documentación sonora, proporcionan al lector cumplida información sobre los soportes. La cronología y los cuadros sinópticos que López incluye en las páginas 300 a 301 son especialmente acertados, aunque una curiosa errata, que ha desplazado los encabezamientos de la tabla, adjudica al disco compacto de audio (CD-A) al grupo de soportes magnéticos y la cinta digital de audio (DAT) a los mecánicos. Encantador, pero comprensible. El conjunto de estos tres capítulos adolece igualmente de un componente presente en el resto de la obra: la influencia de la interconexión de sistemas y la disponibilidad de recursos remotos en soporte electrónico sobre las operaciones documentales. López de Quintana, a pesar de su apartado sobre los sistemas integrados de producción de informativos; Robledano, a pesar de la escueta relación de formatos de la página 206, y López Thomé, pese al apartado dedicado al archivo digital, no ilustran la influencia de la normalización de los algoritmos de compresión sobre las posibilidades de selección, tratamiento y distribución de imágenes y sonidos. Los MPEG-2, MPEG-4 y MPEG-7, los MP3, y otras sagas técnicas que también se escudan tras acrónimos, quedan para mejor ocasión.

El grupo de documentación periodística de la Universidad Autónoma de Barcelona, encabezado por la profesora María Eulàlia Fuentes, cierra la obra con un capítulo que constituye una actualización de anteriores aportaciones de los mismos autores, fundamentalmente contenidas en su Manual de Documentación Periodística de 1995, pero de algún modo presentes en La Teledocumentació (Mitre), de 1990. El apartado 1.3 de la página 364 no es el único adherido al capítulo.

Dejando aparte este último capítulo, otro mérito a anotar al Manual de Moreiro es su grado de originalidad. En el conjunto del texto, sólo algunos apartados recuerdan a trabajos ya aparecidos. Además, el completo apartado bibliográfico de cada capítulo ilustra a las claras la actualidad de los contenidos ofrecidos.

Moreiro y todo el grupo de autores han realizado una obra muy sólida, redonda, libre de consideraciones teorizantes inevitablemente acabadas en «-logía». Acaso tamaño esfuerzo haya impedido que, además, la acompañaran de un índice de materias.

Afortunadamente, algunos autores han llevado su esfuerzo hasta incorporar un cuestionario sobre el contenido de su capítulo realmente apasionante.

Carlos Benito Amat
Unidad de Documentación
RTVV

THE WEB OF KNOWLEDGE. A FESTCHRIFT IN HONOR OF EUGENE GARFIELD

Editores: Blaise Cronin y Helen B. Atkins
ASIS Monograph Series
ISBN 1-57387-099-4
567 páginas.

La Sociedad Americana de Ciencias de la Información (ASIS), ha añadido un nuevo número a sus series monográficas: «The Web of Science: A Festschrift in Honor of Eugene Garfield», editado como homenaje a Eugene Garfield en sus 75 cumpleaños que celebró este año 2000. Se quiere así reconocer su destacada contribución al entendimiento de la dinámica de la ciencia y su notable aportación a la bibliometría.

Garfield fundó el Institute for Scientific Information (ISI), en Filadelfia, EE.UU., en 1958, siendo actualmente presidente emérito del mismo. Ha dedicado toda su vida a realizar su sueño de juventud, crear un índice de citas multidisciplinar, lo que consiguió con la creación del Science Citation Index (SCI), publicación basada en la recopilación de las referencias aportadas por los artículos, para mejorar la recuperación de información, desarrollando así el concepto de análisis de citas y sentando las bases de la moderna bibliometría.

Blaise Cronin y Helen Barsky Atkins han sido los editores de este libro que se divide en cinco grandes áreas: 1) Perspectivas históricas; 2) La literatura científica; 3) Temas internacionales; 3) Bibliometría evaluativa; y 5) Análisis de las conexiones y redes sociales. Cada una de estas áreas se divide a su vez en capítulos más específicos, hasta un total de 26, firmados por especialistas muy prestigiosos en cada tema. A título orientativo se podrían mencionar: J. Lederberg, S. Cole, P. Vinker, S. Arunachalam, M. Bordons, I. Gómez, J. Russel, T. Braun, A. Shubert, W. Glänzel, J. Cole, A. van Raan, F. Narin, D. Olivastro, C. Oppenheim, R. Merton, H. Small, H.D. White, etc.

En los 4 primeros capítulos dedicados a la historia profesional de Garfield y su obra, se subraya su carácter creativo, perseverante, pragmático y polivalente, así como su gran visión de futuro. Nieto de emigrantes, nació en 1925 en EE.UU., en época de depresión. Trabajó desde muy joven como chico de recados, tuvo serios problemas de salud y logró graduarse en química en 1949. Pero su verdadera vocación era la información científica y la lingüística, a las que se dedicó con ahínco y no sin grandes problemas. Publicó el «Current Contents», con gran éxito, pero su verdadero interés se centró en la creación de índices de citas desde que descubrió el «Shephard's Citation», de legislación, aparecido en 1873. Su proyecto de creación de un índice de citas se vio rechazado en importantes instituciones americanas a las que acudió para obtener

ayuda financiera (Chemical Abstracts, US Patent Office, National Science Foundation, entre otros)

En 1959 lanza el «Index Chemicus», de fórmulas moleculares, y en 1961 consigue ayudas para crear el «Genetic Citation Index». A partir de ese momento, y con apoyo del premio nobel J. Lederberg y financiación del National Institute of Health, logra editar el SCI en 1962, obra de gran originalidad y muy controvertida. Se trata de un repertorio único en el mundo, por lo que además se ha convertido en un colosal negocio. Ideado como la creación de una red de artículos unidos por las citas recibidas, para dar a conocer a los científicos las ideas y los trabajos de otros colegas, hoy día se ha convertido en la «Biblia» de los políticos de la ciencia, siendo utilizado universalmente para la medición de la calidad científica de los investigadores.

De los 5 capítulos dedicados a literatura científica, cabría destacar el dedicado a la vida de las revistas, que más parece un homenaje a Solla Price que a Garfield, ya que se enfoca sobre el crecimiento exponencial de las mismas, y el SCI, pese a dicho crecimiento, sigue incluyendo prácticamente el mismo número de revistas que desde su creación, hace casi 40 años.

En otro capítulo, se asegura que las revistas no deben ser consideradas como medio para la eficaz comunicación de la información entre científicos, sino como un mecanismo del sistema de evaluación, ya que la mayoría de los artículos publicados no los lee nadie, los pocos que son leídos se olvidan o rechazan, y sólo muy pocos pasan a formar parte del conocimiento. Los científicos reciben información principalmente de sus otros colegas, o de los seminarios y congresos, y pocos lo consiguen leyendo revistas (dedican, por término medio, 2h/semana a mirar títulos y resúmenes y 1h/semana a leer artículos). Es curioso que el autor haga hincapié, como algo intrascendente, en la tendencia de los evaluadores de las revistas en contra de los científicos menos conocidos y de las mujeres (¡a estas alturas!). Tampoco es muy positivo el confirmar el efecto «halo» de las revistas, según el cual, tendrá más citas quien haya publicado en revistas prestigiosas, sin importar para nada la calidad científica del trabajo.

Otros capítulos están dedicados a la historia y evolución de la bibliometría, y su empleo para la comunicación entre científicos y como ayuda a la investigación, por medio de mapas de citaciones, así como para expresar el reconocimiento y méritos de los científicos. Se apunta también la transición entre el acceso «on-line» y la publicación electrónica en texto completo, en relación con las nuevas perspectivas que se abren para la bibliometría.

Se tratan también modelos empíricos de nuevos indicadores bibliométricos, como el crecimiento relativo de publicaciones (RPG), que relaciona el número de artículos publicados en un año con la suma de los publicados en un periodo previo, para cada especialidad. Otros interesantes capítulos se dedican a las relaciones entre citas a artículos (diagramas de citas), citas entre revistas, co-citaciones (frentes de investigación) y «clusters» o grupos interdisciplinarios.

En los 4 capítulos dedicados a temas internacionales, merece destacarse la única aportación española a este libro, firmada por María Bordons e Isabel Gómez, que estudian las redes de colaboración nacional e internacional de España en diversas disciplinas, en base a la singular particularidad del SCI de incluir la filiación de todos los autores firmantes de los artículos, imprescindible para estudios de este tipo.

En otros capítulos de este apartado se trata de las colaboraciones internacionales

de India, China y América Latina. En este último caso, se pone de manifiesto que emplear indicadores de producción científica basados exclusivamente en datos del SCI («corriente principal de la ciencia»), lleva a un camino equivocado, porque se está despreciando la ciencia publicada en revistas nacionales, que afecta a problemas locales. Se cita la RICYT (Red de Indicadores de Ciencia y Tecnología Iberoamericanos), que edita indicadores de producción procedentes de diferentes bases de datos científicas, además del SCI, para todos los países de América Latina, y el programa LATINDEX, que trata de armonizar las revistas de la región para darles proyección internacional.

El último capítulo de esta serie, firmado por fieles defensores de las excelencias del SCI, trata de demostrar que, a nivel macro, la cobertura del SCI no está desequilibrada a favor de las revistas de biomedicina ni a favor de las publicadas en inglés, sobre todo de EE.UU., en contra de todas las críticas al respecto, que los autores consideran anecdóticas y sin fundamento.

En el área de *bibliometría evaluativa* se presentan 8 capítulos, donde se tratan temas como el uso de las citas como medida de impacto. Se comenta el escepticismo que suscita el cómputo de citas como indicador de excelencia, ya que los autores altamente citados no lo suelen ser por sus descubrimientos novedosos, sino por sus métodos experimentales, o debido a las autocitas.

Se critica que Garfield nunca ponga a disposición sus bases de datos para propósitos de investigación, sino que las considere únicamente como negocio, y además muy rentable. Se pone también de manifiesto la deficiencia que supone incluir en el fichero de citas solamente el primer firmante del artículo, lo que se ha subsanado solamente en la versión del Web of Science.

Lo que queda claro en varios autores es que los análisis de la ciencia basados en métodos bibliométricos, sólo tienen sentido para grupos numerosos, instituciones o países.

Se dedica un capítulo a los nuevos parámetros que permiten perfilar mapas de especialidades científicas próximas, cuya proximidad puede variar con el tiempo, así como a los perfiles de investigación de las instituciones, para averiguar las debilidades y fortalezas de la investigación en dichas instituciones, por medio de una nueva generación de métodos bibliométricos avanzados.

Es destacable el capítulo que trata del desarrollo de los indicadores de producción científica en EE UU (dentro de las series «Science & Engineering Indicators»), producidos por la National Science Foundation desde 1972, utilizando como fuente los datos de SCI, y cómo, a partir de éstos, se han extendido oficialmente dichos indicadores bibliométricos basados en SCI por todos los países del mundo, sobre todo a partir de 1992.

En el capítulo sobre análisis de citas para la evaluación de la investigación biomédica, por medio de diagramas de citas, se demuestra la distorsión que supone el incluir en el SCI el contenido completo de la revista fuente, sin previa selección que tenga en cuenta sólo los artículos, ya que las cartas, notas, editoriales, etc., producen mucho ruido.

Los últimos capítulos del libro abundan en el logro que ha supuesto el SCI para el estudio de la sociología de la ciencia, pero también el enorme éxito comercial que ha supuesto.

Resumiendo, estamos ante un libro que puede interesar a los estudiosos y profesionales de la bibliometría, ya que abarca muy diversos temas, tratados desde dife-

rentes puntos de vista, y que aporta una amplia y muy reciente bibliografía. Llama la atención que el SCI, concebido como herramienta para ayudar a los investigadores en la recuperación de información científica, se ha ido convirtiendo en la principal fuente de datos para la toma de decisiones en política científica.

Rosa Sancho